

TODO LO QUE DEBE SABER
SOBRE LA
PRIMERA GUERRA
MUNDIAL

*1914-1918. Las campañas, personajes y hechos clave
del conflicto bélico que cambió la historia
del siglo XX*

JESÚS HERNÁNDEZ



Colección: Historia Incógnita
www.historiaincognita.com

Título: Todo lo que debe saber sobre la Primera Guerra Mundial
Subtítulo: 1914-1918. Las campañas, personajes y hechos clave del conflicto bélico que cambió la historia del siglo XX
Autor: © Jesús Hernández

Copyright de la presente edición © 2007 Ediciones Nowtilus S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez
Coordinador editorial: José Luis Torres Vitolas

Diseño y realización de cubiertas: Carlos Peydró
Diseño del interior de la colección: JLTV
Maquetación: Claudia Rueda Ceppi

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN 13: 978-84-9763-498-4

*A Montserrat Jornet,
que nos deseó mucha suerte.*

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	13
Capítulo 1	
LA GUERRA QUE COMENZÓ EN SARAJEVO.....	19
Capítulo 2	
1914: MILAGRO EN EL MARNE.....	43
Capítulo 3	
1915: BUSCANDO EL PUNTO DÉBIL.....	67
Capítulo 4	
SALTAR LA TRINCHERA.....	93
Capítulo 5	
1916: EUROPA SE DESANGRA.....	123

Capítulo 6	
LA GUERRA EN EL AIRE.....	147
Capítulo 7	
LA GUERRA EN EL MAR.....	169
Capítulo 8	
MITOS Y LEYENDAS	195
Capítulo 9	
ESCENARIOS EXÓTICOS	227
Capítulo 10	
1917: EL CONFLICTO SIN FIN	251
Capítulo 11	
ESTALLA LA REVOLUCIÓN.....	275
Capítulo 12	
1918: LA ÚLTIMA OFENSIVA	297
Capítulo 13	
LA OCASIÓN PERDIDA.....	319
EPÍLOGO.....	333
LUGARES DE INTERÉS.....	339
LA GRAN GUERRA EN EL CINE	361
LOS PROTAGONISTAS.....	375
CRONOLOGÍA	401
SABER MÁS	407
BIBLIOGRAFÍA.....	411

*El patriotismo es el último refugio
de los canallas.*

Samuel Johnson (1709-1794).

Frase citada por el coronel Dax,
personaje interpretado por Kirk Douglas
en el filme *Senderos de gloria*
(*Paths of glory*, Stanley Kubrick, 1957).

INTRODUCCIÓN

En el año 2014 se conmemorará el centenario del estallido de la Primera Guerra Mundial. Para entonces, salvo que se dé algún caso de longevidad extraordinaria, ya no quedará ninguno de los hombres que participaron en aquella contienda. Pero no es necesario esperar a esa fecha para que haya quien considere erróneamente la guerra de 1914-18 como un conflicto perteneciente a un lejano pasado.

En la actualidad, al visitar alguno de los desangelados cementerios militares que acogen los restos mortales de los que entonces combatieron, no se puede evitar sufrir una triste sensación ajena de olvido e indiferencia. Nadie parece recordar hoy por qué luchó y murió aquella generación de jóvenes. Aunque aparecen siempre bien cuidadas, sus tumbas están envueltas en un cierto desamparo; hace mucho tiempo que sus descendientes dejaron de acudir a honrar su memoria con flores frescas. Pero, además, uno abandona esos cementerios acongojado ante la flagrante inutilidad de tanta muerte, de la que las infinitas hileras de cruces son un mudo recordatorio. La “guerra que iba a acabar con todas las guerras” —tal como se ase-

guraba entonces— no iba a ser más que el preludio de otra aún mayor, la Segunda Guerra Mundial, que superaría ampliamente las cotas de muerte y destrucción de la Primera Guerra Mundial. El enorme sacrificio de 1914-18 no había servido para traer la paz. Como escribió un soldado anónimo, la muerte de millones de hombres “no había servido para nada, nada y cien veces nada”.

La comparación con la contienda emprendida por Hitler en 1939 ha hecho que la guerra de 1914 quede relegada a un papel secundario, eclipsada por el fulgor deslumbrante del conflicto que estallaría dos décadas después con la invasión de Polonia. La consecuencia es que, mientras que de la Segunda Guerra Mundial abundan los libros, películas y documentales, la Primera se debate infructuosamente por atraer la atención del gran público, consiguiéndolo en contadas ocasiones.

De todos modos, existen algunas excepciones. Mitos como el Barón Rojo, Lawrence de Arabia o Mata Hari se han hecho un hueco en el imaginario popular, mientras que la novela *Sin novedad en el frente* o películas tan impactantes como *Senderos de gloria* o *Johnny cogió su fusil* se han convertido en símbolos imperecederos del pacifismo.

Aun así, la Primera Guerra Mundial no goza de la atención que merecería a tenor de su indudable trascendencia histórica. De hecho, el siglo XX no comenzaría de verdad hasta el final de ese conflicto; podríamos decir que los primeros compases de la centuria no fueron más que una prolongación del plácido siglo XIX. Desde esos parámetros decimonónicos, aquellos que creían que la contienda de 1914 terminaría en unas pocas semanas, con la mente aún puesta en las campañas napoleónicas, se dieron de bruces con una terrible realidad.

Europa comprobó en sus propias carnes las trágicas consecuencias del fenómeno bélico en la era industrial, que los norteamericanos ya habían sufrido de manera incipiente en su guerra civil de 1861-65. Los campos de batalla ya no mostraban ordenadas hileras de soldados uniformados con vivos colores y armas relucientes, avanzando al compás de los tambores. La aparición de las ametralladoras, el alambre de espino, las granadas de mano y los gases venenosos acabaron de golpe con todo el romanticismo que, hasta

entonces, destilaba la profesión militar. Acendrados conceptos como el honor y el valor pasaron una dura prueba en las trincheras del frente occidental, de la que no siempre salieron airosos.

Pero este no fue solo el primer conflicto en el que se puso en práctica la guerra total; los errores cometidos a la hora de sellar la paz en 1919 provocarían en buena medida el estallido de la Segunda Guerra Mundial. La aparición del nazismo es consecuencia directa del estado de postración en que quedó la nación alemana y el revanchismo resultante. Por otro lado, la caída del régimen zarista y el advenimiento del comunismo difícilmente se hubieran producido de no haber mediado el reactivo que supuso la debacle militar del gigante ruso.

Si consideramos, en un ejercicio de especulación, que esos dos grandes movimientos totalitarios no hubieran irrumpido en la historia al no haber estallado la guerra en 1914, tendríamos la prueba de la importancia decisiva de este conflicto en la conformación del mundo que hoy conocemos. Por lo tanto, este libro acudiría, humildemente, a reparar esa cierta injusticia histórica para poner en conocimiento del gran público, de una forma amena pero rigurosa, cómo se desarrollaron aquellos trascendentales hechos.

En esta obra, el lector, además de hacer acopio de conocimientos, podrá disfrutar del relato de unas campañas militares que serán narradas en sus detalles más emocionantes. Aquí podrá estremecerse al conocer las espantosas condiciones en las que se dirimieron las batallas de Verdún o el Somme, o comprobará la insensibilidad de los militares que enviaban a cientos de miles de hombres a una muerte cierta, únicamente para conquistar alguna colina que sería perdida poco más tarde.

De todos modos, aunque la imagen que ha quedado grabada en la memoria colectiva es la de la cruel guerra de trincheras, pocos conflictos superan en exotismo y sed de aventuras a la Primera Guerra Mundial; desde los escenarios desérticos de Palestina y Mesopotamia a los evocadores paisajes abiertos de Tanganika, pasando por las aguas del Pacífico a donde llegaron los corsarios alemanes o los agrestes montes de la península turca de Gallipoli, los hombres que en ella participaron acudieron con iluso entusiasmo a su cita con la Historia.



La juventud europea acudió en masa a la llamada de sus gobernantes para tomar las armas en una guerra que sería larga y sangrienta, pagando con sangre su ingenuo entusiasmo inicial. En la imagen, un cartel de reclutamiento del Ejército británico.

Pero no podemos llamarnos a engaño. Muchos de aquellos jóvenes idealistas perderían la vida destrozados por una bomba o desangrados en tierra de nadie. Los que lograron regresar a sus hogares lo harían sufriendo irreparables secuelas físicas o psicológicas de su estancia en el frente. Pero este castigo colectivo, al parecer, no fue lo suficientemente ejemplarizante, porque la humanidad volvería a tropezar con la misma piedra tan solo una generación más tarde.

En las páginas que siguen, al lector se le brinda la posibilidad de conocer de manera asequible cómo discurrió aquel enfrentamiento y la oportunidad de descubrir las claves que harían de él el preludio de otro conflicto aún mayor. Tal como indica el título, aun a riesgo de resultar pretencioso, aquí se halla todo lo que se debe saber sobre la Primera Guerra Mundial. En este volumen se concentra la información necesaria para comprenderla y se ofrecen las pistas para ampliar los episodios que pueden ser de mayor interés.

Por último, mi objetivo al iniciar este trabajo no era simplemente confeccionar un libro de Historia. Mi deseo era lograr transmitir al lector la experiencia de los que participaron en aquella lucha. Para nosotros resulta muy difícil imaginar lo que podían sentir unos hombres que, en plena juventud, dejaban atrás su hogar y su familia, acudían a los cuarteles para recibir instrucción y luego eran enviados a otro país; una vez trasladados al frente, debían saltar de su trinchera y correr por un campo de batalla bajo el fuego de las ametralladoras, sabiendo que en cualquier momento podían perder la vida, y todo ello para lograr unos objetivos que no siempre comprendían.

El saber cómo fue posible que millones de hombres se avinieran a pasar por ese trance a lo largo de cuatro interminables años es una cuestión para la que no tengo respuesta. Si se les ha de considerar como abnegados héroes defensores de una causa superior o, por el contrario, víctimas incautas de una maquinaria infernal, es algo que deberá juzgar el lector. Aun así espero que estas páginas sirvan para comprender mejor a aquellos hombres que, con su supremo sacrificio, se hicieron para siempre acreedores de nuestra admiración.

Barcelona, junio de 2007.

Capítulo 1

LA GUERRA QUE COMENZÓ EN SARAJEVO

Sarajevo es una de las ciudades más singulares de Europa. Pese a encontrarse en un valle rodeado de montañas —dos de ellas superan los 2.000 metros de altitud—, es una ciudad por la que ha circulado abiertamente la historia europea de los últimos siglos.

Fue fundada en 1461 por los turcos, que le dieron el nombre de *Saray Jedive* (Palacio del gobernador general). A finales del siglo XVII se había convertido, tras Constantinopla, en la segunda ciudad más importante del Imperio Otomano. En 1879 pasó a estar tutelada por el Imperio Austrohúngaro, siendo anexionada oficialmente por este en 1908. Tras la Primera Guerra Mundial, Sarajevo formó parte de la recién creada Yugoslavia. Pero entre 1992 y 1995 sería sometida a graves padecimientos; cercada por los serbiobosnios, que la convertirían en objetivo de su artillería y de sus francotiradores, Sarajevo se convertiría en una ciudad mártir, de la que emergería como capital de la República de Bosnia y Herzegovina.

Esta agitada historia tiene su clara plasmación en la ciudad. Allí es posible ver, en perfecta armonía, minaretes y campanarios que



Sarajevo ha sido históricamente un crisol de culturas. En ella han convivido razas y religiones distintas durante siglos, pero fue aquí también en donde saltó la espoleta que hizo estallar la Primera Guerra Mundial.

llaman a la oración a sus fieles; entre sus habitantes podemos encontrar una mayoría de musulmanes, así como cristianos católicos y ortodoxos, procedentes respectivamente de las vecinas Croacia y Serbia. También se advierte en la construcción de sus edificios el carácter centroeuropeo que le imprimió el Imperio Austrohúngaro, mientras que algunos adornos orientales remiten a la estética del Asia Central, importada por los turcos. No sin razón se le llamó en un tiempo “La Damasco del Norte”. Sarajevo representa la ucronía de aquella Europa que pudo haber surgido del sincretismo entre las civilizaciones cristiana y musulmana.

Esta actitud abierta y cosmopolita tuvo su punto álgido en 1984, cuando deportistas de todo el mundo acudieron a Sarajevo para participar en los Juegos Olímpicos de Invierno. Todo ello hace que una ciudad mediana como Sarajevo pueda exhibir con orgullo la vitola de ser un crisol de etnias y culturas sin par. Algunos recurren a este mestizaje para explicar la reconocida belleza de sus mujeres.

Por lo tanto, si la Gran Guerra debía comenzar en algún punto de Europa, no hay duda de que Sarajevo podía defender su *candidatura* con toda legitimidad. Y eso es lo que ocurrió un caluroso día de verano de 1914, cuando el heredero de los Habsburgo, el archiduque Francisco Fernando —cuyo nombre completo era Franz Ferdinand Karl Ludwig Josef von Habsburg-Lothringen Erzherzog von Österreich—, giraba una inoportuna visita a esa ciudad, con ocasión de unas maniobras militares. Iba acompañado de su esposa, Sofía Chotek, duquesa de Hohenberg, que se encontraba embarazada¹.

Precisamente en esa fecha se celebraba el día nacional de Serbia, aniversario de la derrota de los serbios por los turcos en la batalla de Kosovo en 1389, una fecha que conmemoraba la humillación sufrida por el pueblo serbio a manos de su enemigo histórico

¹ La relación entre Francisco Fernando y Sofía no era bien vista por la familia del archiduque, debido al origen plebeyo de ella. Cuando la conoció en 1900, Sofía no era más que una humilde ama de llaves, mientras que él contaba con 2.047 antepasados nobles en su árbol genealógico. Para casarse, el archiduque tuvo que aceptar que Sofía no pudiera ser emperatriz, y que sus hijos —Ernesto, Max y Sofía— no tuvieran derecho de sucesión. Ella nunca fue aceptada en el círculo de la corte vienesa, pero el matrimonio vivió en armonía, superando todos los obstáculos.

y que servía de estimulante para sus nunca satisfechas reivindicaciones territoriales. Lo que quizás no sabía el archiduque era que en ese lejano día, pese a la derrota sufrida en el campo de batalla, un soldado serbio consiguió introducirse en el campamento turco y, penetrando en su tienda, asesinó al sultán. Por tanto, si debía escoger un día para visitar Sarajevo, ese domingo 28 de junio no era el más indicado.

La imprudente visita del sobrino del anciano emperador Francisco José era sentida así como una nueva humillación para todos aquellos que anhelaban sacudirse el dominio austríaco e incorporarse al sueño de la Gran Serbia. Entre ellos, un grupo compuesto de siete estudiantes no estaba dispuesto a que el archiduque saliera con vida de Sarajevo. Estos jóvenes, que no superaban los veinte años, formaban parte de la organización secreta “La Mano Negra”; este siniestro nombre era debido a que cada miembro debía enrolar a otros cuatro, formando así los cinco dedos de una mano. Al frente de esta trama se encontraba el jefe de los Servicios de Información del ejército serbio.

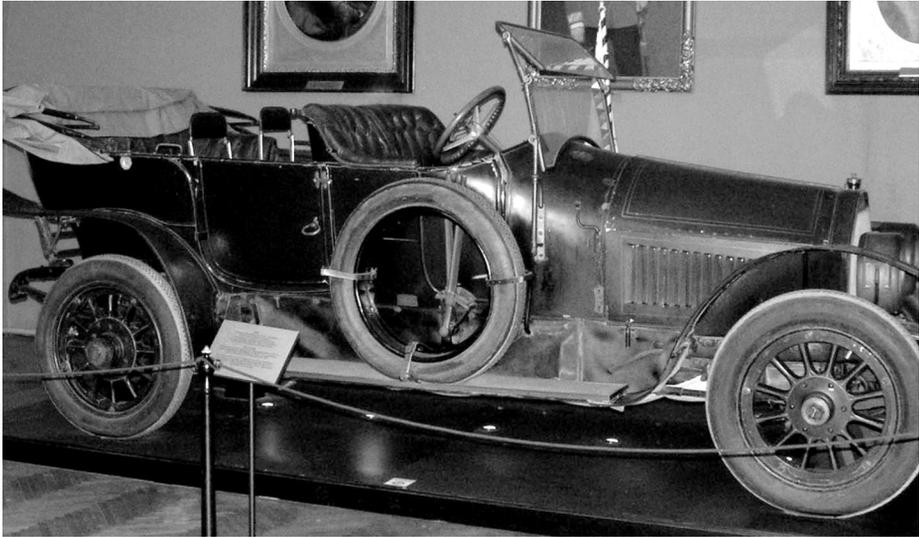
Paradójicamente, el objetivo de este grupúsculo, el archiduque Francisco Fernando, era sensible a las aspiraciones serbias y deseaba crear un centro de poder eslavo en el sur del Imperio que se uniera a la bicefalia de Austria y Hungría. Este planteamiento despertaba muchos recelos en la propia Viena, pero tampoco parecía entusiasmar a los eslavos, que deseaban romper amarras con el Imperio y unirse a sus hermanos serbios.

UN TRÁGICO DESPISTE DE CONDUCCIÓN

Franz Urban era ese día el conductor del vehículo oficial del archiduque por las calles de Sarajevo. Durante una parte del trayecto no prevista, el experimentado chófer se confunde y toma una calle equivocada. Para retomar de nuevo la ruta correcta, decide salir de la calle circulando lentamente marcha atrás. En ese momento, por pura casualidad, uno de aquellos estudiantes, Gavrilo Princip, ve acercarse hacia él el coche oficial, reconociendo de inmediato al archiduque. No puede creer lo que ven sus ojos; tiene a pocos



El archiduque Francisco Fernando quería descentralizar el Imperio austrohúngaro, pero sus propuestas ya no serían escuchadas por los nacionalistas serbios, deseosos de librarse por la fuerza del dominio austríaco.



El coche en el que viajaba el archiduque cuando fue asesinado, expuesto en el Museo de Historia Militar de Viena, al igual que el uniforme ensangrentado y el arma utilizada. La bala disparada por Princip puede contemplarse en el castillo de Konopiste, en la ciudad checa de Benesov.

metros al hombre que encarna la dominación austríaca. Sin pensárselo dos veces, Princip echa mano a su pistola y apunta al archiduque. La tragedia que conmocionará a Europa va a producirse en pocos segundos...

Pero dejemos congelada esta dramática escena y retrocedamos a lo que había ocurrido esa misma mañana. Poco antes de las diez, Francisco Fernando y Sofía habían llegado a Sarajevo por vía férrea. Al salir de la estación subieron al coche oficial y, junto a seis vehículos más, se dirigieron al Ayuntamiento. Hacía un tiempo espléndido; el cielo se encontraba totalmente despejado de nubes y soplaba una suave y agradable brisa. En su recorrido por las engalanadas calles de la ciudad tuvieron ocasión de saludar al público que se había congregado en las aceras desde el vehículo descapotable. Aunque se oían algunos aplausos, no se percibía ningún entusiasmo y la sensación general era de simple curiosidad por la visita de tan altas personalidades, cuando no de indiferencia.

Pero el tranquilo discurrir de la caravana oficial se vería alterado de golpe. Pasaban unos veinte minutos de las diez, cuando uno

de los integrantes del grupo de jóvenes conspiradores arrojó contra el vehículo del archiduque una granada de mano escondida en un ramo de flores. En lugar de caer en el interior, la bomba rebotó en el lateral, estallando al paso del coche de seguimiento y causando heridas a dos nobles austríacos que viajaban en él.

El asesino frustrado intentó suicidarse de inmediato ingiriendo una pastilla de cianuro y arrojándose al río. Definitivamente, ese no era su día de suerte, puesto que cayó en un lugar del río en que tan solo había un palmo de profundidad y, para colmo, vomitó la píldora. Fue arrestado por la policía.

El archiduque no se dejó impresionar por este atentado y, en lugar de dar por finalizada la visita, decidió continuar con la agenda prevista y ser recibido en el Ayuntamiento con todos los honores. Allí se produjo un momento de gran tensión, cuando el alcalde, al no haber tenido tiempo de modificar el discurso previamente preparado, leyó un párrafo en el que se hablaba de “la acogida calurosa que la población de Sarajevo ha brindado a los príncipes”. El archiduque interrumpió al alcalde y le manifestó su célebre reprimenda: “Venimos aquí en visita de amistad... ¡y nos recibís con bombas!”. Sofía, tomando la mano de su esposo, consiguió calmarlo mientras el azorado alcalde concluía su desafortunado discurso.

A la finalización del acto, el archiduque, para desesperación de su séquito, que deseaba abandonar cuanto antes la ciudad, en lugar de despedirse, decidió trasladarse al hospital en donde habían quedado ingresados los dos miembros de su comitiva para interesarse por su estado de salud.

Alguien sugirió que, vistas las circunstancias, lo más aconsejable era que las tropas austríacas estacionadas fuera de la ciudad formasen un cordón de seguridad en el siguiente trayecto, pero esta idea fue desechada por la absurda razón de que esos soldados no tenían disponibles sus uniformes de gala. Así pues, la seguridad del archiduque continuó en manos de la policía de Sarajevo. Los relojes del campanario de la iglesia señalaban las doce cuando partieron Fernando y su esposa desde el Ayuntamiento.

Y llegamos a la escena que habíamos dejado en suspenso, en la que el chófer Franz Urban, desconocedor de la mejor ruta para llegar al hospital, se equivoca entrando desde el muelle Appel en

la calle Gebel. Ese simple error de conducción será fatal, no solo para la ilustre personalidad que viaja en el asiento de atrás, sino, a la postre, para toda Europa. Aquel giro de volante, producto de una decisión tomada en unos segundos, marcará para siempre la historia del siglo xx.

Princip, el conspirador que en ese momento pasa por el lugar, rumbo a la cafetería Moritz Schiller para comer algo y olvidar así el fracaso de su compañero, se topa de repente con el coche del archiduque, retrocediendo a escasa velocidad. El heredero del odiado Imperio de los Habsburgo está a un escaso metro y medio de él. No duda ni un instante; saca su pistola y dispara solo dos veces, una contra el heredero y otra contra su esposa. Francisco Fernando es herido en el cuello y Sofía, en el abdomen.

Los disparos son tan certeros que nadie piensa que han resultado heridos; de hecho, Urban sigue retrocediendo para retomar la calle principal, hasta que advierte horrorizado que de ambos cuerpos mana un reguero de sangre. La duquesa fallece casi en el acto, mientras su esposo, que está perdiendo mucha sangre, le implora: “Sofía, no te mueras, vive por nuestros hijos...”.

El chófer conduce ahora a toda velocidad hacia el hospital, pero Francisco Fernando exhala su último suspiro durante el camino. La leyenda dice que no se pudo contener la hemorragia del archiduque porque este, muy presumido, prescindía de botones y hacía que le cosiesen sus uniformes una vez puestos para que se ajustasen perfectamente a su cuerpo. Cuando, una vez en el hospital, alguien rasgue el grueso uniforme con la ayuda de unas tijeras, ya será demasiado tarde.

La policía detiene sin dificultad a Gavrilo Princip y al resto del grupo. El interrogatorio de Princip será tan duro que más tarde tendrá que amputársele un brazo. Juzgado y condenado, el magnicida se libraría de la pena de muerte al tener menos de veinte años, pero moriría en prisión víctima de la tuberculosis, en abril de 1918. Tras la derrota de Austria, el puente Latino, por el que había pasado el vehículo del archiduque antes de que su conductor sufriera su trágico despiste, pasó a denominarse Puente Gavrilo Princip.

Aquel 26 de junio de 1914, el heredero del Imperio Austro-húngaro se había desangrado en Sarajevo. Muy pocos podían adver-



Este es el punto exacto en el que el asesino disparó contra el archiduque y su esposa; la esquina que forma la calle Gebel con el muelle Appel.



Retrato del magnicida Gavrilo Princip, en base a una fotografía tomada después de ser arrestado. La expresión de su rostro denota que fue interrogado con dureza.

tir los negros nubarrones que se vislumbraban en el horizonte más inmediato. La cuenta atrás de la guerra que iba, a su vez, a desangrar a Europa había comenzado en ese preciso momento.

CUENTAS PENDIENTES

Para el lector resultará una incógnita imaginar cómo fue posible que esa bala disparada por Gavrilo Princip al cuello del heredero de los Habsburgo pudiera desencadenar un conflicto que costaría la vida a más de ocho millones de soldados y un número similar de civiles.

Esta dificultad para comprender el desencadenamiento de la conflagración es compartida también por los historiadores, que no alcanzan a ponerse de acuerdo sobre la naturaleza de la gestación del conflicto. Al contrario de lo que ocurriría en 1939, cuando las demo-

cracias occidentales entraron en guerra con la Alemania nazi tras su agresión a Polonia para evitar así que todo el continente cayera en manos de Hitler, la Primera Guerra Mundial no estalló como reacción a una amenaza directa y concreta, sino como la chispa que encendió una larga serie de disputas larvadas desde mucho tiempo atrás.

Además, para añadir más confusión a este asunto, hay que tener en cuenta que la mayoría de las casas reales europeas estaban emparentadas, lo que supuestamente debía servir como un factor que canalizase el diálogo y el entendimiento. De los nueve hijos de la reina Victoria de Inglaterra (1819-1901) —cuyo reinado duró 64 años—, la mayor, también llamada Victoria, se había casado con el entonces káiser alemán Federico III, conocido familiarmente como Fritz. El fruto de este matrimonio sería el futuro káiser Guillermo II. El segundo hijo de la reina Victoria, Eduardo, sucedió a su madre en el trono en 1901 y reinó hasta su muerte, en 1910, al que siguió su hijo, Jorge V. El tercer retoño de la reina Victoria, Alicia, se casó con el príncipe alemán Luis de Hesse; su hija, Alexandra, se casaría con el zar Nicolás II. Por lo tanto, el rey Jorge V, el káiser y la zarina de Rusia eran primos carnales. Las relaciones epistolares entre ellos eran habituales, especialmente entre el káiser y su primo político, el zar, que eran especialmente amistosas, lo que no contribuye a esclarecer el origen de la locura que llevó al continente europeo a la guerra.

En el verano de 1914, Europa era una gigantesca taberna —una metáfora para la que apelo a la complicidad del lector y a la que continuaré refiriéndome más adelante— en la que, aparentemente, todo el mundo bebía y departía amigablemente en medio de una camaradería animada por esos estrechos lazos familiares. Sin embargo, los celos y las envidias no estaban demasiado alejadas del festivo ánimo de los presentes.

Francia albergaba todavía un gran resentimiento contra los alemanes desde que en 1871, tras el triunfo del canciller Otto von Bismarck en la guerra Franco-prusiana, los teutones se anexionaron la totalidad de Alsacia y buena parte de Lorena. Las ansias de revancha, inculcada en las escuelas, no se habían disipado en las cuatro décadas que habían transcurrido desde entonces.

Pero Alemania había olvidado ya las mieles de aquel triunfo y, por el contrario, anidaba en ella la amarga sensación de sufrir una injusticia histórica. Al haberse unificado en una fecha tan tardía como 1870, el Imperio alemán había llegado tarde al reparto colonial. Desde Berlín se observaban con envidia las exóticas aventuras de los soldados franceses y británicos en sus vastos imperios coloniales, mientras que Alemania tenía que limitarse a defender unas escasas posesiones en ultramar, como la desértica Namibia o las impenetrables Togo y Camerún. Los alemanes, pese a su gran potencial económico e industrial, y a ser una referencia universal en el arte, la ciencia y la técnica, se veían constreñidos en su prisión europea sin esperanzas de ocupar el lugar en el mundo que, según ellos, les correspondía.

Por su parte, Gran Bretaña no contemplaba con buenos ojos el objetivo de Alemania de convertirse en una potencia naval. La ampliación del canal de Kiel en 1914, que permitía un rápido desplazamiento de los buques germanos hacia el mar del Norte, sería interpretada como un desafío al dominio mundial de la *Royal Navy*, incontestable desde su victoria en Trafalgar en 1805.

Pero no solo los grandes actores europeos tenían cuentas pendientes entre ellos. La Rusia de Nicolás II tenía aspiraciones en los Balcanes. Sus puertos del Báltico o en el Extremo Oriente quedaban inutilizados por el hielo en invierno, mientras que sus puertos de aguas cálidas del mar Negro podían ser fácilmente bloqueados por los turcos en el Bósforo. Así pues, el polvorín de los Balcanes era una presa apetecible para la armada del zar, que aún no había digerido su derrota a manos de los japoneses en 1905.

Una consecuencia de estas aspiraciones fue el apoyo ruso a los eslavos del sur para expulsar a su histórico enemigo, el Imperio Otomano, del continente europeo. El resultado fue la alianza de Bulgaria y Serbia para derrotar en 1912 a los turcos en la Primera Guerra de los Balcanes. Pero el acercamiento interesado de Austria y Bulgaria para frenar la constitución de la Gran Serbia causó un choque diplomático entre los recientes vencedores, degenerando en un nuevo conflicto armado, la Segunda Guerra de los Balcanes, en la que todos los Estados de la zona se unieron contra los búlgaros. La Paz de Bucarest, en agosto de 1913, redujo las fronteras de

Bulgaria, pero Serbia continuó sin disfrutar de salida al mar, lo que acentuó aún más su resentimiento hacia Austria. Los Balcanes, en donde convivían mal que bien una treintena de etnias diferentes, se habían convertido en un auténtico avispero.

Como quedó demostrado con su apoyo a Bulgaria, el Imperio Austrohúngaro contemplaba con acusada preocupación las inge-rencias rusas en la región. Los Habsburgo debían gobernar un inmenso mosaico de pueblos y etnias (checos, eslovacos, croatas o eslovenos, entre otros), siempre prestos a la rebelión. Rusia, convertida en campeona del mundo eslavo, protegía a Serbia ante la presión de Viena, que abrigaba todo tipo de sospechas sobre Belgrado, acusándola de ser la gran instigadora de los movimientos desestabilizadores que actuaban en su Imperio.

La consecuencia de este complejo cúmulo de rencillas y odios era un intrincado sistema de alianzas en el que, tal como vemos, unos brindaban garantía a otros en caso de ser atacados. Alemania y Austria-Hungría se encontraban ligadas por profundos lazos culturales y sentimentales, lo que les convertía en aliados naturales. En el otro bando, Gran Bretaña y Francia habían constituido de palabra la denominada *Entente Cordiale* en 1904 para defender mutuamente sus intereses coloniales, a la que más tarde se sumaría Rusia, creándose así la Triple Entente.

Esta alianza despertó los recelos de las Potencias Centrales, al quedar rodeadas geográficamente. Para Austria, además, la presencia de una Serbia independiente y amiga de Rusia suponía un factor especialmente amenazante.

Turquía, pese a su posición periférica, también jugaba un papel importante. Los alemanes se labraron su amistad al constituir este el único camino hacia el exterior. Fruto de esta amistad, se impulsó en 1899 la construcción de un ferrocarril que debía unir Berlín y Bagdad a través de territorio otomano, lo que fue visto con recelo por los ingleses, pues no deseaban ver alemanes cerca de la *joya de la corona* de su imperio, la India. Pero el ramal de esta vía férrea que debía llegar al mar Rojo agotó la paciencia de Gran Bretaña, que entonces ocupaba Egipto, lo que le llevó a anexionarse los territorios orientales del desierto del Sinaí, pertenecientes a Turquía. Esta agresión, unida a las apetencias turcas en la región de Armenia a

costa de Rusia, situaría definitivamente a Constantinopla en la esfera de los Imperios Centrales.

En 1902, Gran Bretaña y Japón firmaron un pacto para frenar las aspiraciones germanas en el Pacífico. En África, los intentos alemanes de establecer un puerto en Agadir, en la costa marroquí, también fueron cortados de raíz en 1911 por británicos y franceses; una cañonera germana tuvo que retirarse para evitar la respuesta armada de la Entente. Las presiones de Londres para que Berlín no continuara con su plan de rearme naval, junto a la expansión de la armada rusa impulsada por los británicos, acabaron por crear en Alemania un intenso sentimiento de frustración.

En cuanto a Italia, en 1892 había firmado un pacto con Alemania y Austria-Hungría, formando la Triple Alianza, a la que se uniría Rumanía al año siguiente. Pero la lealtad transalpina a sus aliados centroeuropeos no se demostró inquebrantable; en 1902 resolvió un conflicto colonial con Francia garantizándose recíproca neutralidad en caso de ser agredidas por un tercero, un pacto que sería renovado diez años más tarde. Además, un pacto secreto entre Italia y Rusia acordado en 1909 garantizaba el *statu quo* en los Balcanes, lo que convertía a los italianos, pese a continuar nominalmente formando parte de la Triple Alianza, en un socio poco fiable.

Pero Rumanía tampoco atesoraba un gran aprecio por los austríacos, pues consideraba como territorio propio Transilvania y Bucovina, dos regiones pertenecientes al Imperio de los Habsburgo que les habían sido arrebatadas dos siglos antes. En cuanto a Montenegro y Grecia, nada les inquietaba más que esa gigantesca tenaza formada por Viena y Estambul.

Por lo tanto, en el ambiente de aquella gran *taberna* europea flotaba un buen número de cuentas pendientes. Tan solo era necesario que los efluvios del alcohol patriótico comenzasen a crear una falsa euforia para que, en un instante, se pasase de la camaradería a la pelea multitudinaria. Y eso es lo que ocurrió cuando aquel estudiante serbio disparó contra el archiduque. No fue más que un pisotón de la enclenque Serbia al gigante austríaco, pero la reacción de la prepotente Austria-Hungría contra los insolentes serbios hizo entrar en liza a Rusia, que acudió presta a socorrer a sus protegidos eslavos. A su vez, Alemania entró en escena para poner en su lugar

a los rusos, pero estos contaron con la solidaridad de Francia y Gran Bretaña, que se remangaron de inmediato los puños para acudir en defensa de su aliada.

La consecuencia es que los grandes estados europeos se acababan de enzarzar en una barahúnda en la que el motivo primigenio apenas tenía ya importancia. Pero, en este caso, no volarían mesas y sillas por la sala, ni se rompería en pedazos el cristal situado detrás de la barra del bar mientras el pianista continuaba tocando... La trifulca supon-dría la lucha a muerte en el campo de batalla entre toda una generación de jóvenes de diferentes naciones, que responderían con entusiasmo a las respectivas órdenes de movilización, empujados por el exacerbado patriotismo de las masas.

EL CAMINO DE LA GUERRA

Pese a lo que se podría inferir de esta metáfora tabernaria, las reacciones de las distintas potencias no se desencadenaron tan rápidamente. De hecho, el mecanismo de relojería que pondría en marcha la guerra funcionó tan lentamente que aún no se explica cómo, en algún momento, este proceso no se logró detener.

El asesinato del heredero de los Habsburgo provocó una ola de indignación antiserbia en el Imperio Autrohúngaro, pero en Viena se dudaba del tipo de respuesta que debía darse. El emperador Francisco José, basándose en su larga experiencia, no era partidario de castigar militarmente a Serbia, temiendo la reacción de Rusia, pero Guillermo II se dedicó a azuzar a su aliado a través de su embajador, animando a los austríacos a infligir una derrota a los levantiscos serbios. En cuanto a la amenaza rusa, el káiser aseguraba que los ejércitos del zar no estaban en absoluto preparados para acudir en defensa de Belgrado.

De todos modos, el mes de julio de 1914 no parecía el período más propicio para que se desatase un conflicto entre las potencias europeas. Las distintas casas reales estaban pensando más en sus vacaciones de verano que en efectuar un seguimiento de la actividad de sus cancillerías. De hecho, pese a la posibilidad cierta de una guerra entre Austria y Serbia, el káiser decidió continuar adelante



El káiser alemán, Guillermo II, animó a los austríacos para que atacasen a Serbia, a pesar del riesgo de que los rusos entraran en guerra para defender al pequeño país balcánico.

con su veraneo, previsto para el 6 de julio. Después de asegurar al canciller y al ministro de la Guerra que “no había ninguna perspectiva de grandes sucesos bélicos”, zarpó en su velero para emprender un crucero de tres semanas por aguas noruegas.

En Viena, los partidarios de atacar a Serbia comenzaron a imponerse en el gabinete austrohúngaro, envalentonados por el apoyo alemán. Mientras tanto, en Londres se levantaban las primeras voces de advertencia sobre la posibilidad de que estallase la guerra, aunque en ese momento eran recibidas con burlona indiferencia.

El 13 de julio llegó a Viena un informe secreto en el que se desligaba el asesinato del archiduque de cualquier tipo de apoyo del gobierno de Belgrado. Esa crucial información, que podía haber puesto fin a la escalada diplomática, se mantuvo oculta. El deseo austríaco de castigar a Serbia era ya más acusado que actuar conforme a la realidad de los hechos. Francisco José fue convencido por su gobierno para enviar un ultimátum a Serbia, al garantizarle que ninguna potencia acudiría en socorro del agredido.

El 19 de julio, el gobierno austríaco concluyó la confección del ultimátum, en el que se vinculaba falsamente a Belgrado con el asesinato, estipulándose un total de quince demandas. Aunque la mayoría eran asumibles, como la prohibición de la propaganda antiaustríaca en territorio serbio, la exigencia de que fueran funcionarios austríacos los que llevaran a cabo el proceso judicial contra los ciudadanos serbios implicados en el complot suponía una humillación difícil de aceptar.

Francisco José dudó en autorizar su envío, debido a las advertencias del embajador ruso en Viena, pero finalmente a las seis de la tarde del 23 de julio fue entregado en Belgrado, exigiendo una respuesta en 48 horas. Al día siguiente, el gobierno ruso acordó movilizar trece cuerpos del ejército, mientras Francisco José ordenaba una movilización parcial. Europa comenzaba a precipitarse de forma imparable por la pendiente de la guerra.

El rey Pedro de Serbia decretó la movilización el 25 de julio, como medida de precaución, al mismo tiempo que comunicaba a Viena, cuando quedaban solo diez minutos para que finalizase el plazo, su aceptación del ultimátum. Los serbios admitían todos los agravios y humillaciones que se derivaban de él, excepto el punto



El káiser presenciando un desfile. Su Ejército estaba preparado para golpear a Francia con rapidez antes de que los rusos pudieran reaccionar.

de la intervención judicial austríaca, aunque aseguraban que estaban dispuestos a abrir negociaciones.

Pese al innegable espíritu conciliador de Belgrado, los austríacos rechazaron la propuesta serbia, una decisión que parecía satisfacer a Viena, puesto que el enviado austríaco había recibido órdenes de abandonar la capital serbia media hora después de las seis, para no dar a los serbios opción de recapacitar sobre su decisión. Además, horas antes ya se habían trasladado a Austria los archivos secretos que se custodiaban en su embajada. Más que un ultimátum, todo indicaba que lo único que se buscaba era una excusa para declarar la guerra a Serbia.

Al día siguiente, los rusos apoyaron el inicio de las conversaciones, al igual que los británicos, que intentaron impulsar la celebración de una conferencia internacional para encontrar una salida al conflicto; pero los alemanes mostraron su rechazo a esta iniciativa de paz afirmando que era inviable. La respuesta germana fue interpretada como una amenaza, por lo que el Ministerio de la

Guerra británico ordenó proteger los puntos más sensibles del sur del país, en previsión de un hipotético ataque alemán.

Berlín continuaba con su presión sobre Viena para que emprendiese de inmediato el ataque contra Serbia, pese a que la reciente movilización austríaca no quedaría completada antes de dos semanas. Por su parte, Londres continuaba planteando sin éxito todo tipo de medidas de mediación.

Sorprendentemente, la actitud del káiser dio un giro el 28 de julio, al remitir a su ministro de Asuntos Exteriores una nota en la que afirmaba que el gobierno austríaco podía darse por satisfecho con la respuesta serbia al ultimátum y que no era necesario provocar un conflicto armado. Sin embargo, esta inesperada actitud conciliadora de uno de los mayores instigadores de la escalada bélica llegaba demasiado tarde. En esos momentos, las calles de Viena ya mostraban el entusiasmo de la población con la perspectiva de la guerra. Al mediodía de ese 28 de julio de 1914, un mes exacto después del asesinato del archiduque en Sarajevo, Austria declaraba la guerra a Serbia.

El choque armado ya era inevitable, pero el fallo de todas las espitas de seguridad provocaría un conflicto generalizado, constituyendo el fracaso diplomático más espectacular de toda la Historia. El 29 de julio se produjo en todas las cancillerías europeas una actividad frenética. Alemania movilizó a su flota, pese al compromiso de paz que el monarca británico, Jorge V, había expresado al káiser a través de su hermano, que se encontraba en Inglaterra. Aun así, la *Royal Navy* había comenzado a tomar posiciones en el mar del Norte para responder a la flota germana.

Ese mismo día, Rusia decretó una movilización parcial; un total de seis millones de soldados se pusieron en camino hacia las fortificaciones de la frontera con Austria, mientras Belgrado comenzaba a ser bombardeada. El zar, que no deseaba enfrentarse a Alemania, envió un telegrama urgente en el que pedía al káiser —con el que, como hemos visto, mantenía una larga y sincera amistad— que frenase a sus aliados austríacos. El káiser le respondió asegurando que estaba llevando a cabo todos los esfuerzos para forzar un acuerdo entre los dos contendientes. A última hora de la tarde de ese intenso día, confiado en la palabra del káiser, el zar intentó cancelar la movilización, pero su gobierno le convenció de que eso

era imposible, puesto que la maquinaria militar rusa se había puesto ya en movimiento. Nicolás II volvió a telegrafiar a Guillermo II insistiendo en la necesidad de su mediación.

Las siguientes jornadas no serían menos delirantes. Pese a las supuestas ansias de paz del káiser, el gobierno alemán decretó el 30 de julio una movilización parcial. Cuando la noticia llegó a San Petersburgo, el zar —abatido por la perspectiva de una guerra inminente— no tuvo otro remedio que firmar por la tarde la orden de movilización total.

A la mañana siguiente, el jefe del Estado Mayor germano, el general Helmuth von Moltke, aconsejó a los austríacos que se movilizaran contra la amenaza rusa. Confiado en el apoyo alemán, el gobierno de Viena ordenó el envío de tres millones de hombres a la frontera con Rusia. Esa tarde, Alemania enviaba un ultimátum a los rusos para que cesasen en sus preparativos bélicos, pero la exigencia fue rechazada.

Francia, que tenía una alianza con Rusia, se aprestó a movilizar a sus tropas con la intención de disuadir a Alemania de atacar en el este. Pero el entusiasmo popular desbordó las previsiones. El movimiento socialista francés, contrario a la guerra, se vio sobrepasado de inmediato por el fervor patriótico de los trabajadores y de la población en general, deseosa de ajustar cuentas con los alemanes. Los gritos de “¡A Berlín!” podían escucharse en todo París, mientras los soldados que desfilaban por los bulevares acompañados por el marcial sonido de los tambores eran seguidos por los niños y besados por las mujeres.

El 31 de julio continuaron los preparativos bélicos en las capitales europeas, envueltos en el entusiasmo de las masas. Este tendría su máxima expresión en Alemania al día siguiente, cuando se hizo pública la declaración de guerra a Rusia. Los esfuerzos del zar para que el káiser la revocase fueron inútiles.

Aquí surge una cuestión no resuelta por los historiadores, y es si era posible detener la maquinaria que daría como resultado el estallido de la conflagración. Algunos han definido el comienzo de la Primera Guerra Mundial como la *timetable war* (traducible como “guerra del horario”); la movilización alemana se basaba totalmente en la coordinación de su red ferroviaria para transportar las tropas

al frente, y de la sincronización del horario de estos trenes dependía el éxito de la movilización.

Hay que tener en cuenta que solo un cuerpo de ejército requería casi un millar de vagones para la infantería, dos mil para la artillería y cerca de tres mil para la caballería, además de seis mil para los suministros. Si multiplicamos estos vagones por los cuarenta cuerpos de ejército de que constaban las fuerzas germanas nos haremos una idea del sistema de transporte ferroviario que debía idearse para organizar la movilización. Los alemanes habían trabajado meticolosamente durante años para establecer ese engranaje que, una vez puesto en marcha, ya no podía detenerse; una pequeña duda en la aplicación del plan convertiría ese despliegue perfectamente sincronizado en un completo caos.

Franceses, rusos y austríacos también dependían de complejos planes de movilización para asegurar la concentración de los soldados y su posterior envío al frente. Aunque hoy en día no podemos entender que el camino a la guerra no pudiera detenerse con una simple orden, no hay que perder de vista este factor para tratar de comprender las circunstancias que llevaron a Europa por la pendiente de la guerra sin que, aparentemente, nadie pudiera hacer nada por impedirlo.

AVANCE EN EL OESTE

La estrategia alemana estaba muy clara. Debía derrotar a dos enemigos; Rusia en el este y Francia en el oeste. Teniendo en cuenta que los rusos tardarían más tiempo que los franceses en movilizar a su Ejército, los alemanes planeaban golpear primero en el oeste para después volverse con todas sus fuerzas contra Rusia, aprovechando su excelente red ferroviaria para trasladar rápidamente sus ejércitos de un frente al otro.

La campaña alemana en el frente occidental contaba con un guión establecido desde 1905; se trataba del Plan Schlieffen, por el que se atacaría a Francia a través de Bélgica, evitando así la frontera común, sólidamente fortificada. Los ejércitos germanos avanzarían de este modo hacia París, que caería en seis semanas, y podrían así dirigirse contra Rusia sin temor a la reacción francesa.

En la noche del 1 de agosto, las tropas alemanas entraron en Luxemburgo con el objetivo de apoderarse de un importante empalme ferroviario que comunicaba territorio germano y belga. En un guiño del destino, ese lugar era conocido como *Las Tres Vírgenes*; una premonición de la suerte que iban a correr Bélgica, Francia y Luxemburgo a manos de los salteadores alemanes.

Poco antes de las diez de la mañana del domingo 2 de agosto se produjeron las primeras escaramuzas en la frontera con Francia. Dos soldados, el teniente alemán Meyer y el cabo francés Peugeot², tendrán el poco envidiable honor de inaugurar la interminable lista de víctimas de la Primera Guerra Mundial. Meyer, a caballo, traspasó la frontera al galope; Peugeot, estupefacto por la visión del soldado teutón en territorio francés, sacó instintivamente su revólver y le disparó, pero el alemán tuvo tiempo de responderle con el suyo, cayendo ambos.

Las confusas pero inquietantes noticias que llegaban del continente llevaron al gobierno de Londres a ordenar el 2 de agosto la movilización total de la armada. En la tarde de ese domingo, los alemanes entregaron un cínico ultimátum a los belgas para que les permitiesen pasar por su territorio. En él se aseguraba falsamente que los franceses habían penetrado en Bélgica, por lo que a las tropas del káiser se les debía permitir pasar también la frontera para garantizar la seguridad alemana.

El 3 de agosto, el rey Alberto, presidiendo un consejo de ministros reunido de urgencia, rechazó vigorosamente el ultimátum “cualesquiera que puedan ser las consecuencias”, lo que provocó de inmediato la declaración de guerra de Alemania. La posición belga no llamaba al optimismo; tan solo disponían de seis divisiones de infantería y una de caballería para oponerse a las treinta y cuatro divisiones del káiser. Además, solo había reservas de munición para dos semanas. Ese mismo día, Alemania declaró también la guerra a Francia.

² En 1922 se descubrió un monumento en Jonchery-sur-Vesle, con la asistencia del entonces presidente francés Millerand, en memoria de Jules André Peugeot. El monumento fue destruido por las fuerzas de ocupación alemanas en julio de 1940. Fue reconstruido en 1959. El segundo soldado francés en caer fue Fortuné Emile Pouget, el primero tras la declaración de guerra, a las 11.50 del martes 4 de agosto, al norte de Bouxières. En el lugar en que murió se erigió una cruz con una placa que recuerda el hecho.

A las ocho y dos minutos de la mañana del 4 de agosto, las tropas alemanas franquearon la frontera belga e intercambiaron fuego de fusilería con los gendarmes. El rey Alberto, vestido de uniforme, atravesó a caballo las calles de Bruselas, llamando a la resistencia entre el delirio de sus súbditos. Ese mismo día, los alemanes cruzaron también la frontera con Rusia, pese a que el plan original era concluir la campaña en el oeste antes de lanzarse contra los rusos.

A las once de la noche del 4 de agosto, Gran Bretaña declaró la guerra a Alemania, amparándose en un tratado de 1839 por el que se garantizaba la neutralidad belga. La participación británica resultó una desagradable sorpresa para el gobierno alemán, que confiaba en que Londres no se involucraría en el conflicto en ciernes. Esta decisión desató en Berlín una gran indignación contra los ingleses, siendo su embajada destrozada por una turba enfervorizada. Pese a que nadie deseaba un conflicto generalizado, en unos pocos días todo un continente se había visto arrojado al camino de la guerra³.

En ese momento, casi nadie era consciente de la terrible prueba a la que Europa iba a verse sometida. Los contendientes estaban convencidos de que el conflicto quedaría resuelto en unas semanas, unos pocos meses a lo sumo, y que, en todo caso, las armas ya habrían callado para Navidad. Pero estaban muy equivocados; les esperaban cuatro años de indecibles sufrimientos y un sacrificio de vidas como nunca se había visto hasta entonces.

Quizás, uno de los pocos que advertía la trascendencia de la contienda que acababa de iniciarse era Von Moltke, el jefe supremo del Ejército germano. En una carta a un amigo, aseguraba el 5 de agosto: “esta lucha decidirá el curso de la Historia por todo un siglo”. No se equivocaba en absoluto.

³ Como herramienta de orientación al lector, se ordenan a continuación, de forma cronológica, las sucesivas declaraciones de guerra: Austria a Serbia (28 de julio), Alemania a Rusia (1 de agosto), Alemania a Francia y Bélgica (3 de agosto), Gran Bretaña y Bélgica a Alemania (4 de agosto), Austria a Rusia (4 de agosto), Francia y Gran Bretaña a Austria (11 de agosto), Japón a Alemania (23 de agosto). A título anecdótico, algunas insólitas declaraciones de guerra que se darían a lo largo de la contienda serían las de Panamá y Cuba a Alemania (7 de abril de 1917), Siam a Alemania y Austria (22 de julio de 1917), Liberia a Alemania (4 de agosto de 1917) o Haití a Alemania (12 de julio de 1918).